

CARE  
SANTOS



EL  
DUEÑO  
DE LAS  
SOMBRAS

TRILOGÍA EBLVS I

Alguien observa a las hermanas Albás desde la oscuridad. Sabe por qué desapareció Natalia Albás siendo una niña y por qué ha desaparecido su hermana Rebeca ahora que es ya una adolescente. Cuando Rebeca, dada por muerta, empieza a enviar mensajes amenazadores, se inicia una inquietante investigación para aclarar el misterio. ¿Por qué la familia Albás parece maldita?

Envidias, culpas, anatemas... muchas podrían ser las causas, pero solo una es la verdadera. Y la auténtica, terrorífica verdad, solamente la conoce El Dueño de las Sombras.

# Índice de contenido

## I. El desván de las muñecas

1. Tres noches
2. El incendio
3. El pozo
4. Natalia
5. Noche de San Juan
6. Ezequiel Osorio
7. Rebeca
8. Bernal
9. El regreso

## II. Libro de familia (Que hablen los muertos)

10. César
11. Ángela
12. Micaela
13. Uriel
14. Úrsula
15. Luz
16. Ezequiel
17. Rebeca

## III. Eblus

Sobre la autora

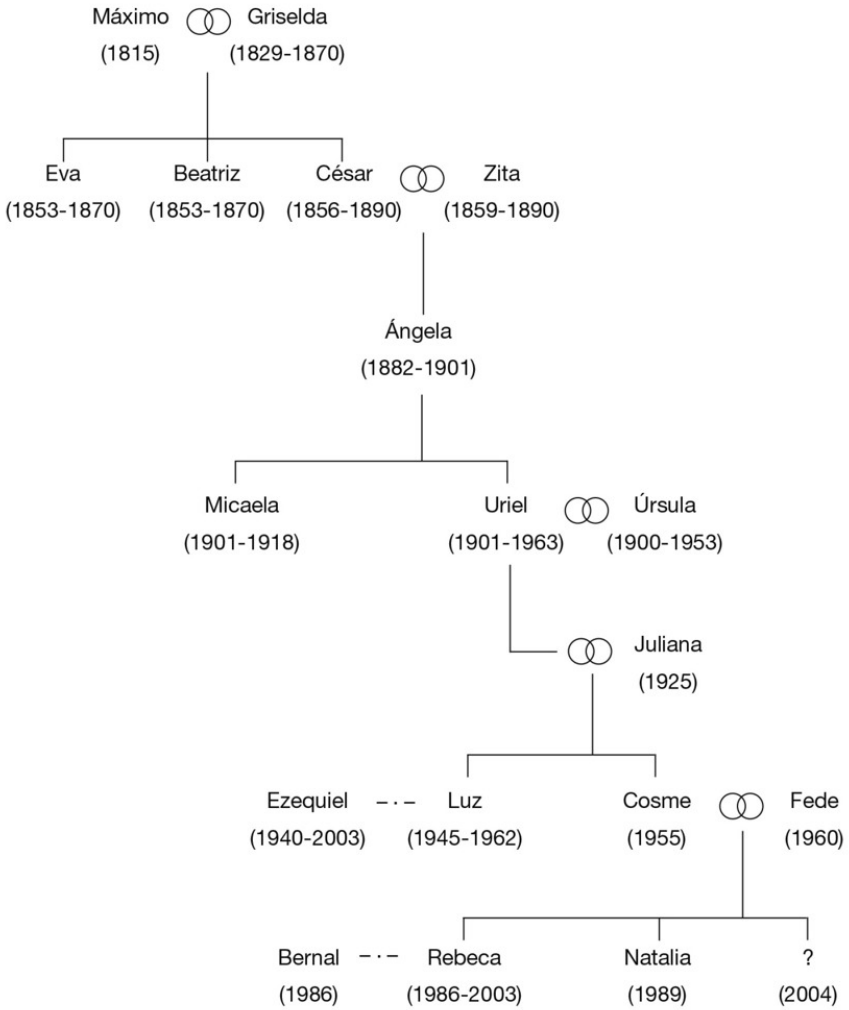
*Para Adrián, Elia y Álex,  
diablillos del hogar*

—¿Crees —preguntó— que los espíritus de los muertos pueden regresar a este mundo y manifestarse ante los mortales?

*La confesión del pastor anglicano*

WILKIE COLLINS

### ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA ALBÁS (1815-2005)



I

# EL DESVÁN DE LAS MUÑECAS

## 1

## Tres noches

*Año 1991*

La familia Albás era una de las más conocidas de la comarca de Las Cinco Villas. Su apellido hacía generaciones que era pronunciado por los vecinos con esa mezcla de desdén, envidia y respeto que siempre provocan los ricos. Sin embargo, ya hacía mucho tiempo que habían pasado los momentos de mayor prosperidad de la familia. De la vieja casona de los Albás solo se acordaban los mayores. Se alzó entre arboledas y huertos, algo apartada de los límites de las poblaciones de Sádaba y Layana, encerrada en verjas infranqueables. Solo unos pocos eran aún capaces de llegar hasta lo que quedaba de la casa a través de los caminos que la vegetación se empeñaba en borrar. Para los más jóvenes aquel apellido sonoro y agudo que oían pronunciar de vez en cuando estaba vagamente ligado a la leyenda de aquellos parajes, a sus historias más antiguas, ciertas o no, y a algunas personas muertas mucho tiempo atrás que antes de abandonar este mundo se encargaron de dejar bien grabado su nombre en la memoria colectiva.

Por todas esas razones, todos supieron muy bien de quién se hablaba cuando aquella mañana helada del mes de enero corrió como reguero de pólvora la noticia de que la pequeña de la familia Albás, Natalia, de apenas tres años de edad, había desaparecido en el transcurso de una excursión escolar.



Al principio fue solo un rumor, azotando la villa de Layana –donde la pequeña vivía con sus padres y su hermana mayor– pero pronto se extendió por el resto de los pueblos de la zona como un vendaval. Luego llegaron de todas partes extraños con cámaras y micrófonos, periodistas de todos los medios de comunicación, incluidos los locales. A la hora de comer, y también por la noche, las cadenas de televisión de todo el país hablaban de la niña y de su dramática desaparición en la Sierra de Santo Domingo.

Conmocionadas, las gentes del pueblo vieron aparecer en la pantalla al director de la escuela, y también a un portavoz de la familia que algunos identificaron como un primo segundo de la madre. La sierra, cuyas cumbres estaban cubiertas de nieve, como casi todos los inviernos, se llenó de foráneos. Los informativos mostraron lugares solitarios por los que muy raramente se veía a nadie en aquella época del año: la Peña de los Buitres, Peña Lengua, la Cueva de Santa Engracia o la de Santo Domingo. También hablaron de un invierno crudo como no se recordaba otro.

Todo sucedió durante una excursión. Natalia fue a la sierra junto con sus cuarenta y nueve compañeros de educación infantil. Eligieron una de las pistas menos complicadas y llegaron hasta el Barranco de Calistro. Para todos ellos era la primera vez que salían de la escuela. Iban muy abrigados, y hasta eso les parecía divertido. Tocaron la nieve, recogieron algunas hojas y almorzaron al aire libre. Fue un día lleno de emociones. Iban con ellos dos de las maestras del colegio y dos madres voluntarias, como refuerzo. Ninguna de las cuatro se explicaba cómo había podido ocurrir, si no habían perdido de vista al grupo ni un momento. Los desplazamientos a pie se hicieron en fila india, agarrados todos los alumnos a una larga cuerda. Una de las educadoras iba delante, abriendo camino y marcando el paso. Junto a la fila iban otras dos. La cuarta cerraba

la comitiva, sin despegarse de los excursionistas ni apartar la mirada de la fila. Era casi imposible que la niña se hubiera soltado de la cuerda. Sin embargo, lo hizo, sin que nadie supiera de qué modo.

La única explicación razonable era que todo hubiera sucedido durante el almuerzo, cuando los pequeños alumnos se sentaron junto a la pista forestal, en un claro de la vegetación, bajo la luz de un sol brillante que apenas calentaba. Al terminar, dedicaron un rato a la recolección de los últimos tesoros: muchos llenaron sus bolsillos de hojas secas y pequeños guijarros. También tuvieron la suerte de ver algunos tejones, un ciervo lejano y el vuelo de algunos buitres que anidaban cerca, en la peña que llevaba su nombre. Para animar la caminata cantaron canciones que todos sabían.

A las tres y media emprendieron el camino de regreso hasta donde les estaba esperando el autobús de la escuela. Ni veinte minutos andando. El cielo resplandecía de tan azul. Era un día claro de invierno, ideal para una salida de los más pequeños. Además, se trataba de una experiencia que repetían año tras año, y jamás habían tenido las maestras que lamentar ni el más mínimo contratiempo. Pero esta vez al llegar al autobús la tutora de uno de los grupos reparó en que faltaba una alumna. Tampoco se explicaba cómo no se dio cuenta hasta ese momento. Enseguida supo que la ausente era Natalia Albás. A pesar de la conmoción del descubrimiento, estuvo segura de haberla visto durante la comida y también durante los juegos y la recogida de hojas. Respecto a lo que pudo ocurrir después, no encontraba ninguna explicación. La única evidencia terrible era que Natalia no estaba con sus compañeros.

La buscaron por los alrededores del autobús, con la ayuda del chófer, sin ningún resultado. Regresaron sobre sus pasos hasta la pista y aún más allá: hasta el Barranco de Calistro. Sin dejar de mirar a todos lados ni de llamarla a gritos. Una vez y dos, y hasta tres veces recorrieron el ca-

mino. Las copas de los árboles parecían temblar con su desesperación, cuando veían que la tarde iba cayendo sin que Natalia apareciera, y contestaban con el suave murmullo del viento entre las hojas y un lento movimiento de las ramas más altas. Todo lo demás era un silencio cerrado. El paisaje, impresionante por su belleza en cualquier otra circunstancia, parecía ahora estremecido por la angustia de las mujeres que buscaban.

Las maestras recorrieron al borde de las lágrimas aquellos caminos por los que tantas veces habían pasado. Regresaron una y otra vez al barranco. Perdieron la noción del tiempo. Nada les importaba más que dar con la niña y tan embebidas estaban en ese único pensamiento que no repararon en la hora que era hasta que la claridad empezó a menguar. La oscuridad llega muy pronto en invierno. Antes de que pudieran darse cuenta, serían incapaces de ver más allá de sus narices.

Una de las madres voluntarias se había adelantado mientras tanto para advertir al director del colegio de lo ocurrido. Avisaron a la policía, se comunicó el retraso a los padres de los otros niños y el director citó a Cosme y a Federica, los padres de Natalia, a una entrevista en su despacho.

—¿Ocurre algo? —preguntó Fede cuando se percató de la urgencia de la llamada.

—Preferiría contártelo en persona. Os ruego que venzáis a verme sin perder tiempo.

Aquella noche se alcanzaron en los ventisqueros de la sierra los quince grados bajo cero. Cayó una nieve espesa. La policía no dejó de buscar a la niña ni un solo minuto, con la ayuda de cuerpos especiales de montaña, de la Guardia Civil, de los dos guardas forestales que vivían en la zona y la conocían mejor que nadie, de algunos voluntarios reclutados entre los padres jóvenes de Layana y Sádaba y de algunos vecinos. Entre estos últimos estaba Pepe Navarro, un vecino de Biel de casi setenta años, tal vez la

persona que más conocía las pistas de la Sierra de Santo Domingo. No solo porque las había recorrido desde que se hizo pastor, poco después de dejar atrás la adolescencia, sino porque había abierto con sus propias manos algunas de ellas, y le gustaba mostrárselas a los visitantes en sus ratos de ocio, coincidiendo con el buen tiempo.

Sin embargo, la ayuda y el entusiasmo de los que estaban más familiarizados con aquellos parajes tampoco sirvió de nada. En casa de los Albás se vivieron horas de angustia jamás imaginadas. Ni siquiera los tranquilizantes lograron hacer que Fede y Cosme se dejaran vencer por el sueño. Ella, sentada en el sofá y atenta a la pantalla del televisor, no hacía más que repetir:

—¿Dónde estará mi niña? ¿Dónde estará mi niña?

Mientras tanto, Cosme recorría el salón y fumaba sin cesar, un cigarrillo tras otro, con los nervios destrozados. Hacía seis años que había dejado de fumar.

Solo Rebeca, la hermana mayor, había conseguido cerrar los ojos y dejarse arrastrar por el cansancio de un día tan intenso. Rebeca tenía entonces cinco años y no era del todo consciente de cuanto ocurría a su alrededor. Solo presentía, de ese modo en que los más pequeños saben captar impresiones y sentimientos, que algo horrible estaba sucediendo. Y no se equivocaba. Tuvo un sueño muy inquieto y se despertó muy temprano, mucho antes de la hora a la que ella y su hermana solían levantarse cada mañana para ir al colegio. Claro que aquel día tampoco habría colegio, porque las clases se habían suspendido hasta que se tuviera alguna noticia cierta de Natalia.

La segunda noche sin Natalia fue aún más fría. Algunos hablaron de temperaturas mínimas históricas. Había helado en toda la provincia, y en algunas de las umbrías por donde todos seguían buscando sin éxito crecían las placas de hielo. Fede no cesaba de repetirse que su hija llevaba puesto su abrigo blanco y unos pantalones rojos de pana, además de gorro, guantes y bufanda, como todos los ni-

ños que fueron a la excursión, pero sabía que ante un frío tan intenso ni siquiera tanta ropa sería suficiente.

Los agentes rastreaban, pero solo porque no se atrevían a perder la esperanza ni a reconocer que en realidad la habían perdido ya hacía muchas horas, y que todos ellos estaban deseando marcharse a casa con los suyos y olvidar aquella pesadilla. Sin embargo, no podían irse con las manos vacías, y a última hora de la tarde del segundo día se les dio la orden de buscar en los lugares más inaccesibles: en los barrancos, en las hondonadas, en los cauces de los riachuelos, en las cuevas de piedra viva que se abrían como fauces en la montaña...

Se les dijo también que, después del tiempo transcurrido y dadas las condiciones meteorológicas, debían empezar también a buscar un cuerpo sin vida. El cuerpo de una niña de cabello castaño y algo menos de un metro de altura, vestido con un abrigo blanco y unos pantalones rojos. Todos los rastreadores estuvieron de acuerdo: era imposible que Natalia hubiera sobrevivido dos noches a aquellas temperaturas extremas sin nada que comer ni beber. Incluso Pepe Navarro lo decía, a media voz. Y si él lo decía, nadie era capaz de mantener la esperanza.

En este absoluto desánimo pasó la tercera noche, que fue tan larga y tan triste como las anteriores y todavía más gélida. La única novedad que trajo consigo fue que los padres de Natalia, vencidos por el cansancio y ayudados por los sedantes, consiguieron dormir unas pocas horas. A su alrededor, los psicólogos que les atendían ya no encontraban argumentos con que confortarles. A partir de ese momento su trabajo consistiría en prepararles para que asimilaran la peor noticia de todas: la muerte de su hija pequeña en las más trágicas circunstancias, aún por determinar. Ni siquiera ellos querían enfrentarse a lo que sin duda llegaría, con la única duda de si Natalia habría muerto congelada, despeñada en un precipicio o si habría sido carna-

za tierna y apetecible para los animales que recorren hambrientos los montes en estos meses del año.

Añadían que, en caso de que la niña apareciera con vida en las próximas horas, habrían de atenerse a las consecuencias que la intemperie, el hambre y la sed hubieran causado en su salud. Estaría deshidratada, hambrienta, sucia y no sería tan extraño pensar en algún tipo de lesión física seria, sobre todo las provocadas por el frío, como ampollas, hinchazón severa o congelación de alguna parte del cuerpo. Lo primero que se congela son los dedos –de las manos y de los pies– y también la nariz y las orejas. Si la congelación es muy grave –los médicos hablan entonces de «cuarto grado»– lo más probable es que se deba amputar la parte del cuerpo que se haya visto dañada, generalmente las extremidades. Fuera como fuera, las perspectivas no eran de ningún modo optimistas. Nadie podía asegurar que Natalia no hubiera caído por un roquedo, o no hubiera sido atacada por algún animal salvaje –en la sierra son frecuentes los jabalíes, los corzos, las garduñas, los buitres, las víboras, incluso hay quien afirma haber detectado la presencia de osos–, sufriendo daños mucho más graves, tal vez irrecuperables. Lo peor también estaba al acecho. Para un adulto habría sido muy difícil evitarlo. Para una niña de la edad de Natalia, casi imposible: a tan tierna edad, el cuerpo resiste mucho peor las condiciones extremas.

–Si ni siquiera sabe ir sola al baño... –murmuraba su madre.

En los informativos de la noche, todo el mundo hablaba en pasado de la pequeña de los Albás.

Cansado de acatar órdenes ajenas, al amanecer del cuarto día Pepe Navarro salió a pasear por la sierra en compañía de su perro. No dijo nada a nadie, pero iba en busca del cadáver de la niña. Sabía que nadie mejor que él podía re-

correr aquellos caminos y que el único modo de hacerlo era en solitario y con los cinco sentidos alerta. No fue hasta más de tres horas más tarde, al acercarse al antiguo prado denominado Campo Fenero –donde la ausencia del ganado de otros tiempos había propiciado el nacimiento de algunos pinos– cuando se percató de una presencia extraña al borde de una de las trochas por las que tantas veces había transitado en sus paseos por el monte. En una primera impresión fue apenas un presentimiento: una sombra que no debía estar ahí. Cuando volvió sobre sus pasos la vio bien: una niña de unos tres años, vestida con un abrigo blanco y largo, gorro, bufanda y guantes, abrazada a una muñeca a la que parecía peinar con los dedos y sentada tranquilamente en el tocón de un árbol, gozando de las impresionantes vistas del Pirineo con absoluta tranquilidad mientras canturreaba lo que parecía una canción infantil.

De hecho, fue su voz lo primero que le alertó. Una voz diminuta en mitad del silencio. El curtido montaraz se acercó a ella con prudencia. Más tarde explicaría que no estaba del todo seguro de que no se tratara de una aparición, «aunque no soy hombre que crea en esas cosas», se apresuraría a aclarar. Sin embargo, cuando estuvo al lado de la criatura pudo comprobar que no había en ella nada de particular, nada que despertara temor o que levantara suspicacias. Sin lugar a dudas era Natalia, la pequeña desaparecida en el monte de quien la televisión hablaba sin descanso desde hacía tres días. Por si no lo tuviera aún lo bastante claro, le preguntó cómo se llamaba y ella se lo dijo de carrerilla, alto y claro, con ese orgullo infantil de las certezas irrefutables y una sonrisa dibujada en los labios:

–Natalia Albás Odina.

–Perfecto, zagalita. Vamos, pues –le dijo antes de tenderle una mano amiga, de quien tantas veces ha entrado y salido de la montaña como de su propia casa.